

LA LLAMADA

Editorial
Edi
numen

*La supervivencia
Saber y belleza
Transformar el mundo
Transformarse
Corazón abierto*

Capítulo 1

Edi

El hombre es un ser abierto al mundo. A cada instante, por cada poro, nos entra la vida. Un gesto, una palabra, una imagen, una emoción o un acontecimiento imprevisto pueden abrirnos a una experiencia insospechada. Luis Cernuda nos lo recuerda en estos hermosos versos:

*No es nada, es un suspiro,
pero nunca sació nadie esa nada
ni nadie supo nunca de qué alta roca nace.*

Si lo consideramos en su aspecto externo, “un suspiro no es nada”: es una emisión de aire que produce un sonido leve o una ligera exclamación. Pero si logramos ver el suspiro con el corazón, con la sensibilidad y la inteligencia, esa emisión de aire expresa una tensión intensa, una emoción compleja, una experiencia o una historia que todavía no es lenguaje. Podemos percibir el suspiro de muchas maneras: si lo hacemos superficialmente, el suspiro será un acontecimiento banal; si lo comprendemos en toda su profundidad, lo convertimos en un acontecimiento enriquecedor, que nos permite ver la profundidad de la vida.

A largo de su vida, el hombre tiene la posibilidad de afrontar innumerables experiencias mínimas que pueden abrir su corazón. Además, existe en el hombre un impulso interior hacia el desarrollo vital, que se concreta en la realización de una tarea particular. A este impulso se le llama, desde la antigüedad, vocación. La vocación tira de nosotros para sacarnos de la pasividad y la indefinición; nos presiona para que realicemos un trabajo útil o una obra valiosa. La vocación lanza retos, plantea objetivos con los que damos sentido a nuestra vida.

Elegir la vocación no siempre es fácil. Si el individuo no puede decidir entre dos impulsos que le resultan igualmente atractivos, sufrirá un conflicto. Si no sabe elegir, correrá la suerte del asno de Buridán, que, colocado ante dos haces de heno, se murió de hambre por no saber por cuál comenzar.

Pero si logra elegir adecuadamente, comienza un camino que le desarrollará en tres sentidos: la elección de valores, la maduración personal y la adecuación social.

Elección de Valores

No todos los seres humanos tenemos los mismos valores. Los valores que perseguimos dependen de nuestra percepción de la realidad y de nuestras necesidades; y abarcan un abanico que se extiende desde el dinero, la productividad, la colaboración o el prestigio, hasta la investigación científica, la expresión artística o la vivencia religiosa.

Cuando el individuo establece, de modo consciente o inconsciente, cuáles son sus valores preferidos, surge la vocación, el impulso que le exige realizarlos, porque es el único modo de satisfacer su profunda necesidad.

Maduración Personal

Al aceptar la vocación, el ser humano inicia un proceso de cambio interior que le conduce a progresivos niveles de madurez: supera las fantasías infantiles y va adquiriendo confianza en sí mismo, autonomía, iniciativa, sentido de la propia identidad y capacidad de entrega.

Adecuación Social

El ejercicio de una función nos lleva a verificar nuestra habilidad y nuestra capacidad para ser socialmente productivos; el contacto con otras personas nos permite constatar nuestra capacidad para el intercambio y la colaboración con los demás.

En conclusión, la respuesta que el individuo da a su vocación mide el grado de su desarrollo y el valor de su vida.

La supervivencia

Entre las motivaciones humanas, las más inmediatas son las que afectan a la supervivencia. En el mundo occidental, el hombre tiene satisfechas sus necesidades más elementales y puede dedicar tiempo al descanso y al ocio. Por ello nos cuesta imaginar la enorme cantidad de energía que el ser humano ha tenido que dedicar, a lo largo de la Historia, al simple hecho de subsistir. Sin embargo, el hambre ha sido durante siglos un importante motivo literario y la búsqueda de medios de subsistencia constituye la principal motivación de destacados personajes. Con toda seguridad, todavía hoy será un tema importante en otras literaturas, si tenemos en cuenta la miseria que hay en muchos países.

Tal como los presenta la literatura, los personajes obsesionados por la satisfacción de sus necesidades básicas viven sin un proyecto de vida, sin una vocación.

Piensan, pero su actividad mental se limita a planear los modos de conseguir comida o idear estratagemas para robar.

Su afectividad es esquemática: están dominados por emociones toscas, que expresan sus necesidades elementales: amor/odio, deseo/satisfacción.

Pueden demostrar coraje, independencia y autonomía, pero lo más frecuente es que queden bloqueados en la indiferencia, la mezquindad, la violencia o la angustia. Aunque estén dotados de grandes cualidades, no concebirán proyectos valiosos: ahogarán sus impulsos más nobles en el fondo de su alma y los dejarán morir.

Cuando la supervivencia ocupa la vida del ser humano impide o dificulta su desarrollo, condenándole a un estado de humanidad disminuida. Estos seres adoptan en la vida una de estas tres posturas ante la sociedad: vivir a salto de mata, marginación o acomodo.

A Salto de Mata

El pícaro vive a salto de mata. Su vida es un continuo peregrinar en busca de comida. Se le ha definido como “mozo de muchos amos”, como un criado eterno que no encuentra actividad definitiva ni lugar estable en la sociedad.

Un ejemplo es *El Lazarillo*. Lázaro de Tormes nace en un medio humilde. Siendo niño, su padre muere en la guerra y, poco después, su madre se lo confía a un ciego para que le sirva de guía. Tras una difícil relación con el ciego, lo abandona y pasa a servir sucesivamente a diferentes amos: un cura, un escudero, un fraile de la merced, unos bulderos... hasta que alcanza el puesto de pregonero en Toledo. Entonces conoce al arcipreste de San Salvador, quien, a cambio de que le pregone sus vinos, le casa con su criada. Este hecho origina malignos comentarios, que Lázaro prefiere ignorar, pues, en su opinión, ha alcanzado la cumbre de su fortuna.

La vida del Lazarillo está condicionada por dos hechos: el hambre permanente y la falta de proyecto personal.

El hambre

En los primeros tratados del libro el hambre es el tema esencial:

- Al lado de su madre, sobrevive por los pequeños robos que para mantenerlos realiza el negro Zaide.
- A partir del momento en que sirve al ciego, entrará en un estado de necesidad del que tardará mucho en salir. Gran parte de la relación que mantiene con el ciego gira en torno a la obtención y reparto de alimentos.
- El tratado segundo, con el clérigo de Maqueda, tendrá por motivo central y casi único el robo del pan.
- En el tratado tercero, no sólo tendrá hambre Lázaro; también su amo. Hasta tal punto, que será el criado quien dé de comer al amo.

En este proceso, la comida no es sólo una sustancia que satisface una necesidad; da al pícaro un punto de vista para interpretar la realidad: es bueno lo que le satisface; es malo lo que se opone a su satisfacción:

- Siendo muy niño, sentía miedo del negro Zaide; pero cambió su miedo en cariño cuando observó “que con su venida mejoraba el comer”.
- El ciego era un hombre “avariento y mezquino” porque le mataba de hambre; pero Lázaro lo remedia “con sutileza y buenas mañas”, es decir, con pequeños robos.
- Sólo en el tratado tercero, cuando entra al servicio del escudero, Lázaro comienza a comprender que la realidad no es sólo un medio para satisfacer sus necesidades: es capaz de sentir simpatía y compasión por su amo, aunque éste no puede darle de comer.

Sin Proyecto

La urgencia del hambre no sólo condiciona su comprensión de cuanto le sucede, sino que, además, le impide concebir un proyecto de vida.

Concebir un proyecto requiere calma y reflexión; llevarlo a cabo exige esfuerzo y energía: hay que pensar más allá de la situación presente, proyectar un deseo sobre el futuro y poner los medios para que se realice. Como Lázaro dedica toda su energía y su astucia a conseguir comida, no puede proyectar nada que salga del instante inmediato. Por ello lleva una vida sin dirección, sometida a los vaivenes de la necesidad.

Esta falta de dirección continúa hasta el final del libro. Lázaro alcanza una situación estable; su matrimonio con la criada del arcipreste le proporciona seguridad material: unos ingresos regulares y suficientes. Sin embargo, es un matrimonio deshonoroso, que Lázaro acepta sin hacer nada para remediar la situación. La vida le ha enseñado que lo importante es comer; de todo lo demás se puede prescindir. El deseo de conservar la seguridad alcanzada y el miedo a recaer en experiencias pasadas le cierran el camino de su desarrollo. No tiene ninguna otra motivación: ningún lugar para el amor, ningún respeto para la propia dignidad. El intercambio de amor, ayuda y respeto es sustituido por el intercambio de comida. A pesar de ello, cierra el libro con una afirmación llena de orgullo: "En este tiempo estaba yo en la cumbre de toda buena fortuna".

Marginación

Lázaro acepta un lugar en la vida social. Frente a él, otros personajes no logran consumir su proceso de integración y organizan su vida como seres marginados: no realizan un trabajo estable, socialmente útil, digno y valorado por sus conciudadanos. Esta marginación se manifiesta de dos maneras: como apartamiento y como delincuencia.

La Delincuencia

El delincuente es el personaje que reacciona con violencia y agresividad contra la sociedad. Podemos poner como ejemplo *El Buscón*, de Quevedo.

Pablos, el buscón, nace en un ambiente infame, pero desde niño quiere ascender en la escala social: quiere ser un caballero. Esto sería posible si desarrollara sus cualidades hasta el punto de alcanzar el reconocimiento de los demás. Pero Pablos no lo hace. Deja la escuela, se convierte en criado de un noble y trata de imitar su forma de vivir. Finge ser noble e intenta, con engaños, casarse con una mujer rica. Al ser descubierto, se desliza poco a poco en el mundo de la delincuencia, que es el mundo en que vivían sus padres. Tras participar en un asesinato y disfrutar de la vida del hampa, decide vivir en adelante al margen de la ley.

Esta decisión de Pablos es un acto de venganza contra una sociedad que no le ha permitido ascender como él quería.

En la novela picaresca encontramos con insistencia este tipo de delincuente cuya vida literaria se prolonga en la novela contemporánea. Uno de los personajes típicos de Baroja es "el golfo", un ser que vive al margen de la sociedad, mendigando, robando o realizando estafas, que serán mayores o menores según la clase social a la que pertenezca el delincuente. El golfo es un individuo sin moral, separado de su clase, irrecuperable para la vida del grupo.

Capítulo 1

La Automarginación

El ser humano se mueve entre dos impulsos: es individualista y gregario. Tiene un destino personal y una función social. A veces, esta doble dirección entra en conflicto y el personaje queda desgarrado entre dos soluciones contradictorias: integración o marginación. Cualquier solución es posible. Luis de Carvajal, el último héroe de Pío Baroja, elige la marginación.

Carvajal, protagonista de *El Cantor Vagabundo*, es un ser inadaptado, que lleva una vida errante. Tiene una visión muy individualista de la vida; cree que la sociedad se rige por la ley de la selva, que la vida social es una lucha feroz en la que el fuerte se aprovecha del débil, sin escrúpulos y sin conciencia moral. Él se niega a participar en este juego atroz. Por ello, de joven gastó su fortuna en recorrer el mundo, y, más tarde, se hace guitarrista y cantor para continuar sus vagabundeos sin aspiraciones ni metas, con el único objetivo de reafirmar su filosofía de la vida:

- Y ¿Vd. cree que es mejor vivir así, sin ilusiones ni esperanzas?
- A mí me parece el principio de la sabiduría.

Al final de sus días, vuelve a su tierra sin haber conseguido una visión más profunda y más clara de la vida, sin haber encontrado la paz.

La Integración

Otro héroe de Baroja, Manuel Alcázar, protagonista de *La Lucha por la Vida*, siente el mismo conflicto que Luis de Carvajal, pero lo resuelve de un modo opuesto.

Manuel Alcázar, que es hijo de una sirvienta que no tiene preparación ni cultura, llega como inmigrante a Madrid, donde vive de pequeños trabajos eventuales y pequeños contactos con el mundo de la delincuencia. Esta doble vida expresa dos tendencias básicas: el respeto a todo lo establecido y el instinto antisocial.

Los personajes con los que vive le influyen en una u otra dirección: Vidal, hacia el robo y el crimen; Hasting, un viejo anarquista, le regala su imprenta y le orienta hacia el autodomnio y el trabajo. Pero es, sobre todo, Salvadora, con quien se casará, quien, con su realismo y su sentido del deber, le muestra el camino de la integración, la solidaridad y la respetabilidad social.

Sentéme al cabo del poyo, y, porque no me tuviese por glotón, callé la merienda. Y comienzo a cenar y morder en mis tripas y pan, y disimuladamente miraba al desventurado señor mío, que no partía sus ojos de mis faldas, que aquella sazón servían de plato. Tanta lástima haya Dios de mí como yo había de él, porque sentí lo que sentía, y muchas veces había por ello pasado y pasaba cada día. Pensaba si sería bien comedirme a convidarle; mas, por me haber dicho que había comido, temíame no aceptaría el convite. Finalmente, yo deseaba aquel pecador ayudase a su trabajo del mío y se desayunase como el día antes hizo, pues había mejor aparejo, por ser mejor la vianda y menos mi hambre.

Quiso Dios cumplir mi deseo, y aun pienso que el suyo porque como comencé a comer y él se andaba paseando; llegóse a mí y díjome:

– Dígote, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida vi a hombre, y que nadie te lo verá hacer que no le pongas gana aunque no la tenga.

“La muy buena que tú tienes –dije yo entre mí– te hace parecer la mía hermosa”.

Con todo, parecióme ayudarle, pues se ayudaba, y me abrió camino para ello, y díjele:

– Señor, el buen aparejo hace buen artífice. Este pan está sabrosísimo y esta uña de vaca tan bien cocida y sazónada, que no habrá a quien no convide con su sabor.

– ¿Uña de vaca es?

– Sí, señor.

– Dígote que es el mejor bocado del mundo y que no hay faisán que así me sepa.

– Pues pruebe, señor, y verá qué tal está.

Póngole en las uñas la otra y tres o cuatro raciones de pan de lo más blanco. Y aséntoseme al lado y comienza a comer como aquel que lo había gana, royendo cada huesecillo de aquellos mejor que un galgo suyo lo hiciera.

El Lazarillo de Tormes

La noche le pareció interminable: dio vueltas y más vueltas; apagaron la luz eléctrica, los tranvías cesaron de pasar, la plaza quedó a oscuras.

Entre la calle de la Montera y la de Alcalá iban y venían delante de un café, con las ventanas iluminadas, mujeres de trajes claros y pañuelos de crespón, cantando, parando a los noctámbulos; unos cuantos chulos, agazapados tras de los faroles, las vigilaban y charlaban con ellas, dándoles órdenes...

Luego fueron desfilando busconas, chulos y celestinas. Todo el Madrid parásito, holgazán, alegre, abandonaba en aquellas horas las tabernas, los garitos, las casas de juego, las madrigueras y los refugios del vicio, y por en medio de la miseria que palpataba en las calles, pasaban los trasnochadores con el cigarro encendido, hablando, riendo, bromeando con las busconas, indiferentes a las agonías de tanto miserable desharrapado, sin pan y sin techo, que se refugiaba temblando de frío en los quicios de las puertas.

Quedaban algunas viejas busconas en las esquinas, envueltas en el mantón, fumando...

Tardó mucho en aclarar el cielo; aún de noche, se armaron puestos de café; los cocheros y los golfos se acercaron a tomar su vaso o su copa. Se apagaron los faroles de gas.

Danzaban las claridades de las linternas de los serenos en el cielo gris, alumbrado vagamente por el pálido claror del alba, y las siluetas negras de los traperos se detenían en los montones de basura, encorvándose para escarbar en ellos. Todavía algún trasnochador pálido, con el cuello del gabán levantado, se deslizaba siniestro como un búho ante la luz, y mientras tanto comenzaban a pasar obreros... El Madrid trabajador y honrado se preparaba para su ruda faena diaria.

Aquella transición del bullicio febril de la noche a la actividad serena y tranquila de la mañana le hizo pensar a Manuel largamente.

Comprendía que eran las de los noctámbulos y las de los trabajadores vidas paralelas

que no llegaban ni un momento a encontrarse. Para los unos, el placer, el vicio, la noche; para los otros, el trabajo, la fatiga, el sol. Y pensaba también que él debía ser de éstos, de los que trabajan al sol, no de los que buscan el placer en la sombra.

Pío Baroja *La Busca*

DOÑA DOLORES: Menos mal que han traído algo de alimento.

DON LUIS: A propósito de alimento, ¿planteamos eso que me has dicho?

DOÑA DOLORES: Me da vergüenza, Luis.

DON LUIS: Pues no te la ha dado decírmelo a mí.

DOÑA DOLORES: (A MANOLITA y a LUIS.) Veréis, hijos, ahora que no está Julio... Y perdóname, Manolita... No sé si habréis notado que hoy casi no había lentejas.

LUIS: A mí sí me ha parecido que había pocas, pero no me ha chocado. Cada vez hay menos.

DON LUIS: Pero hace meses que la ración que dan con la cartilla es casi la misma. Y tu madre pone en la cacerola la misma cantidad. Y, como tú acabas de decir, en la sopera cada vez hay menos.

LUIS: ¡Ah!

MANOLITA: ¿Y qué quieres decir, mamá? ¿Qué quieres decir con eso de que no está Julio?

DOÑA DOLORES: Que como su madre entra y sale constantemente en casa, yo no sé si la pobre mujer, que está, como todos, muerta de hambre, de vez en cuando mete la cuchara en la cacerola.

MANOLITA: Mamá...

DOÑA DOLORES: Hija, el hambre... Pero, en fin, yo lo único que quería era preguntaros. Preguntaros a todos, porque la verdad es que las lentejas desaparecen.

DON LUIS: Decid de verdad lo que creáis sin miedo alguno, porque a mí no me importa nada soltarle a la pelma cuatro frescas.

MANOLITA: Pero, papá, tendríamos que estar seguros.

DON LUIS: Yo creo que seguros estamos. Porque la única que entra aquí es ella. Y ya está bien que la sentemos a la mesa todos los días...

MANOLITA: Pero aporta su cartilla.

DOÑA DOLORES: No faltaba más.

DON LUIS: Pero nosotros tenemos lo de las cartillas y lo de los suministros de Luisito y yo de la oficina. (A MANOLITA.) Tú al mediodía comes con los vales que te han dado en el teatro...

MANOLITA: Sí.

DON LUIS: Por eso digo que la pelma se beneficia, y si encima mete la cuchara en la cacerola...

LUIS: Mamá... yo, uno de los días, al volver del trabajo, he ido a la cocina... Tenía tanta hambre que, en lo que tú ponías la mesa, me he comido una cucharada de lentejas... pero una cucharada pequeña...

DON LUIS: ¡Ah! ¿eras tú?

DOÑA DOLORES: *¿Por qué no lo habías dicho, Luis?*

LUIS: *Pero sólo uno o dos días, y una cucharada pequeña. No creí que se echara de menos.*

DOÑA DOLORES: *Tiene razón, Luis. Una sola cucharada no puede notarse. No puede ser eso.*

DON LUIS: *(A DOÑA DOLORES.) Y tú, al probar las lentejas, cuando las estás haciendo, ¿no te tomas otra cucharada?*

DOÑA DOLORES: *¿Eso qué tiene que ver? Tú mismo lo has dicho: tengo que probarlas... Y lo hago con una cucharadita de las de café.*

DON LUIS: *Claro, como ésas ya no sirven para nada...*

(MANOLITA ha empezado a llorar.)

DOÑA DOLORES: *¿Qué te pasa Manolita?*

MANOLITA: *(Entre sollozos.) Soy yo, soy yo. No le echéis la culpa a esa infeliz. Soy yo... Todos los días, antes de irme a comer... voy a la cocina y me como una o dos cucharadas... Sólo una o dos..., pero nunca creí que se notase... No lo hago por mí, os lo juro, no lo hago por mí, lo hago por este hijo. Tú lo sabes, mamá, estoy seca, estoy seca...*

DOÑA DOLORES: *(Ha ido junto a ella, la abraza.) ¡Hija, Manolita!*

MANOLITA: *Y el otro día, en el restorán donde comemos con los vales, le robé el pan al que comía a mi lado... Y era un compañero, un compañero... Menuda bronca se armó entre el camarero y él.*

DOÑA DOLORES: *¡Hija mía, hija mía!*

DON LUIS: *(Dándose golpes en el pecho.) Mea culpa, mea culpa, mea culpa...*

(Los demás le miran.)

DON LUIS: *Como soy el ser más inteligente de esta casa, prerrogativa de mi sexo y de mi edad, hace tiempo comprendí que una cucharada de lentejas menos entre seis platos no podía perjudicar a nadie. Y que, recayendo sobre mí la mayor parte de las responsabilidades de este hogar, tenía perfecto derecho a esta sobrealimentación. Así, desde hace aproximadamente un mes, ya sea lo que haya en la cacerola: lentejas, garbanzos mondos y lirondos, arroz con chirlas o agua con sospechas de bacalao, yo, con la disculpa de ir a hacer mis necesidades, me meto en la cocina, invisible y fugaz como Arsenio Lupin, y me tomo una cucharada.*

DOÑA DOLORES: *(Escandalizada.) Pero... ¿no os dais cuenta de que tres cucharadas...?*

DON LUIS: *Y la tuya, cuatro.*

DOÑA DOLORES: *Que cuatro cucharadas...*

DON LUIS: *Y dos de Julio y su madre.*

DOÑA DOLORES: *¿Julio y su madre?*

DON LUIS: *Claro; parecen tontos, pero el hambre aguza el ingenio. Contabiliza seis cucharadas. Y a veces, siete, porque Manolita se toma también la del niño.*

DOÑA DOLORES: *¡Siete cucharadas! Pero si es todo lo que pongo en la tacilla... (Está a punto de llorar.) Todo lo que pongo. Si no dan más.*

(MANOLITA sigue sollozando.)

DON LUIS: *No llorés, por favor, no llorés...*

Capítulo 1

LUIS: Yo, papá, ya te digo, sólo...

MANOLITA: (Hablando al tiempo de Luis.) Por este hijo, ha sido por este hijo.

DON LUIS: (Sobreponiéndose a las voces de los otros.) Pero ¿qué más da? Ya lo dice la radio: "no pasa nada". ¿Qué más da que lo comamos en la cocina o en la mesa? Nosotros somos los mismos, las cucharadas son las mismas...

MANOLITA: ¡Qué vergüenza, qué vergüenza!

DON LUIS: No, Manolita; qué hambre.

DOÑA DOLORES: (Desesperada) ¡Que llegue la paz! ¡Que llegue la paz! Si no, vamos a comemos unos a otros.

F. Fernán Gómez *Las Bicicletas son para el Verano*

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

- | | |
|--|--|
| <ul style="list-style-type: none">• El Lazarillo de Tormes• Miguel de Cervantes <i>Rinconete y Cortadillo</i>• Pío Baroja <i>La Busca. El Cantor Vagabundo</i>• Daniel Defoe <i>Robinson Crusoe</i> | <ul style="list-style-type: none">• Julio Verne <i>La Isla Misteriosa</i>• Ramón Pérez de Ayala <i>Troteras y Danzaderas</i>• Charles Dickens <i>Las Aventuras de Oliver Twist</i> |
|--|--|

Saber y belleza

Entre las motivaciones humanas más elevadas, encontramos el deseo de saber y el afán de belleza: dos impulsos profundos, que se expresan a través de la ciencia y el arte.

El Deseo de Saber

Por naturaleza, el hombre necesita saber. El interés que muestra el niño por lo que le rodea es la primera expresión de este impulso, que busca, en última instancia, desvelar el significado del mundo.

El deseo de saber se manifiesta a diferentes niveles de profundidad. Existe, en su expresión más elemental, un saber instrumental, integrado por un conjunto de conocimientos de carácter utilitario, que nos permiten conducirnos con más seguridad en la vida cotidiana: si necesitamos realizar transacciones comerciales, tendremos que estudiar matemáticas financieras.

Sin embargo, el genuino deseo de saber tiene un carácter cualitativamente diferente: nace del puro placer de conocer y se manifiesta en seres muy creativos, que disfrutan investigando problemas, desvelando misterios, aplicando su inteligencia fascinada a lo desconocido. Para estos seres, el saber es un camino hacia la felicidad: plantear adecuadamente un problema, o resolverlo, los hace sentirse más inteligentes, seguros, alegres, valiosos, humanos. El esfuerzo del trabajo se difumina ante la satisfacción que proporciona el resultado. En los casos más felices, estos seres suelen enfocar los problemas con una visión distinta, original, pues son capaces de unir el asombro del niño que todavía lle-

van dentro con la inteligencia madura del hombre que son. El siguiente poema de Walt Whitman integra la fascinación ante los misterios de la vida con la profundidad de sus preguntas:

Me asombro de mí mismo.

Chocheo ante mí ser.

¡Hay en él tantas cosas admirables!

Cada momento de mi vida

y cuanto sucede en mí

me estremecé de júbilo.

¿Por qué se doblan mis tobillos

y cuál es la causa de mis más insignificantes deseos?

¿Por qué irradio amistad...

y por qué la recibo?

Cuando subo las escaleras de mi casa, me detengo y digo de pronto: pero ¿es esto cierto?

*La enredadera que trepa por la ventana me satisface
más que toda la metafísica de los libros.*

Canto a mí mismo

A quien se abre al mundo con su inteligencia, el fenómeno más simple le resulta maravilloso. Para él, no existen la apatía ni el aburrimiento: la vida es una tensión y un goce. Pero también un reto: hace falta mucha fuerza y coraje para poner en duda las verdades aceptadas por todos y proponer nuevas descripciones de la realidad. La vida de algunos científicos, como Galileo, Freud o Einstein, es ejemplo admirable de la paciencia, la fe y la energía que puede necesitar un científico hasta lograr la aceptación de sus teorías.

El Afán de Belleza

La necesidad de belleza es misteriosa, como el deseo de saber, pero igualmente innegable: a todos, en algún momento de nuestra vida nos ha conmovido la hermosura de un objeto; algunos seres humanos son tan sensibles a la belleza, que pueden llegar a enfermar, si viven en un entorno feo. Y no son pocos los que se entregan con tesón a la extraña actividad de organizar las palabras, los sonidos, la materia, el color o la forma de tal manera que sacuda nuestra alma e ilumine nuestro ser: la belleza es uno de los caminos de la evolución interior. El mito de Pigmalión, que marca Ovidio en *Las Metamorfosis*, ilustra cómo la belleza conmueve y transforma.

La Belleza Sensible

Lo primero que el hombre ve es la belleza que entra por los sentidos, los objetos hermosos. Muchas obras de arte han sido creadas para resaltar la belleza del mundo y hacerla evidente a los ojos de los hombres. Los artistas se han inspirado en los grandes fenómenos del cosmos –las estrellas, la noche, el alba, el mar– o los elementos de la naturaleza –un pájaro, una flor. Ése es el impulso que guio a Van Gogh cuando pintó “Los

Capítulo 1

Girasoles”, y a los escultores que dieron forma a los capiteles de catedrales e iglesias medievales. Una visión profunda de la unión que existe entre el hombre y el mundo, entre el paisaje y el alma, inspiró a Juan Ramón Jiménez este poema:

*Arriba canta el pájaro
y abajo canta el agua
–arriba y abajo
se me abre el alma–.*

*Mece la estrella el pájaro,
en la flor mece el agua.
–Arriba y abajo
me tiembla el alma–.*

Para quien vive a este nivel, el mundo es éxtasis y amparo. A él recurre el hombre cuando está cansado, le ahoga el dolor o cuando su vida ha perdido el rumbo y el sentido. Esta búsqueda de protección es el sentimiento que expresa Fray Luis de León en la **Oda a la Vida Retirada**:

*¡Oh monte, oh fuente, oh río!
¡Oh secreto seguro, deleitoso!,
roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.*

Pero no sólo nos conmueven los grandes fenómenos del cosmos. Algunos artistas nos hablan de la sencilla belleza y el hondo sentido de los objetos cotidianos, de esos objetos vulgares que utilizamos en nuestra vida, sin ser conscientes de su significado. Rafael Morales escribió un poema “Al cubo de la basura”, en una época en que le impresionaba vivamente la poesía de las cosas humildes. En su libro **Canción sobre el Asfalto** figura esta “Cancioncilla de amor a mis zapatos”:

*Los zapatos en que espero
el tiempo de mi partida,
tienden dos alas de cuero
para sostener mi vida*

*Bajo la suela delgada,
siento la tierra que espera...
Entre la vida y la nada,
¡qué delgada es la frontera!*

La Belleza interior

Tras la belleza de las cosas sensibles, el hombre puede percibir la belleza del alma humana: la finura intelectual y moral. Seguramente es más difícil de percibir que la anterior, porque el alma bella no siempre va acompañada de un cuerpo hermoso. Además, el arte se ha entregado con mayor frecuencia a describir la monstruosidad del alma o la mezquindad del corazón, que a plasmar su grandeza; los grandes personajes suelen representar rasgos de carácter deformados: baste pensar en Macbeth, que tipifica la ambición desmedida de poder, o la Celestina, dominada por numerosas perversiones morales.

Ahora bien, del mismo modo que en la vida podemos encontrar espíritus delicados en cuerpos toscos, los artistas han señalado todo lo que constituye la grandeza del alma: sentimientos nobles, pensamientos elevados, acciones generosas. La mansedumbre de San Francisco dulcificando la fiera del lobo de Gubbio, en el poema de Rubén Darío *Los motivos del lobo*.

La Belleza y la Vida

Como enseña el mito de Pigmalión, la belleza nos hace más humanos. El hombre que ve cosas bellas siente el deseo de poseerlas. Y puede sucumbir a este deseo o no. Si se entrega a él, vivirá preocupado por la obtención de objetos artísticos; podrá ser un coleccionista o vivirá sufriendo por todo lo que podría tener y no tiene. Si lo vence, el desinterés hará surgir en él la alegría por la existencia de la belleza y le introducirá en una dimensión de goce contemplativo. Al tomar conciencia de la belleza interior del hombre, huirá de las deformaciones y buscará un ideal de equilibrio y armonía. A través de la grandeza de los personajes literarios comenzará a entrever las posibilidades de su propia grandeza.

La Creación Artística

La creación artística es una actividad llena de misterio, que ha fascinado al hombre desde siempre. Los griegos se la atribuían a las musas, seres semidivinos que comunicaban la obra al autor. En la actualidad sabemos algo más, pero el misterio no se ha desvelado en su totalidad.

Según el testimonio de los artistas, la creación no es una actividad enteramente consciente y voluntaria. Se realiza al margen de la razón, en capas más profundas del alma. Lamartine lo expresó en esta frase: "No soy yo quien piensa; son las ideas las que piensan en mí". El artista es un "médium": transmite algo que está fuera de él.

Estas profundidades de la psique entran en actividad por diferentes medios:

- Cuando un motivo exterior sacude profundamente al artista: un fenómeno natural, una catástrofe, una tragedia: el "Llanto por Ignacio Sánchez Mejías", de Federico García Lorca.
- A causa de un impulso interior del artista: la actividad de sus sentimientos, sus dificultades psíquicas, conflictos sin resolver... Antonio Machado escribe "A un olmo viejo" durante la enfermedad de su mujer Leonor, expresando su deseo de salud, de renovación.
- Como expresión de un momento de iluminación: el artista percibe experiencias que van más allá de su vida individual y afectan a toda la humanidad. La poesía mística y el arte religioso representan momentos profundos de iluminación.

Capítulo 1

Ante la creación, los artistas reaccionan de muy diferentes maneras. Para muchos, crear es un dolor: pueden padecer alteraciones psíquicas, profundos sufrimientos, lucha interna, pérdida de confianza en sus facultades, angustia y depresión. Otros, en cambio, crean con entusiasmo y alegría. De ello habla Bécquer, por ejemplo, en la **Introducción Sinfónica** y en la segunda de sus **Rimas**.

La actitud del artista suele estar en relación con el proceso: Flaubert luchaba con las palabras, pasaba horas buscando el adjetivo apropiado, dando forma a una frase; en cambio, las composiciones de Mozart brotaban sin titubeos; sus partituras originales estaban limpias: no necesitaba corregir ni tachar.

El Esteticismo

Quienes se adentran por el camino de la belleza deberán sortear un peligro: el esteticismo.

El esteticismo consiste en considerar que la belleza es el principal valor del arte o de la vida. Esta actitud ha llevado a algunos artistas a proclamar el arte por el arte, al margen de otros valores. Y esto es una simplificación. Es verdad que la belleza es un valor esencial, que puede conducirnos a un sentimiento de entusiasmo, paz interior, armonía. Pero no podemos separarla de la verdad y la bondad. Sólo unida a ellas nos humaniza verdaderamente y nos da la certeza de estar unidos al universo.

La simplificación del esteticismo es lo que quería evitar Juan de Mairena, cuando decía a sus discípulos: "A la ética por la estética". Cuando el hombre comprende que lo bello, lo bueno y lo verdadero son aspectos indisolubles, se abre el camino hacia el éxtasis, la ética y el conocimiento.

RIMA VIII

*Quando miro el azul horizonte
perderse a lo lejos,
a través de una gasa de polvo
dorado e inquieto,
me parece posible arrancarme
del mísero suelo,
y flotar con la nieve dorada
en átomos leves
cual ella deshecho.*

*Quando miro de noche en el fondo
oscuro del cielo
las estrellas temblar, como ardientes
pupilas de fuego,
me parece posible a do brillan
subir en un vuelo,
y anegarme en su luz, y con ellas
fundirme en un beso.*

En el mar de la duda en que bogo
ni aun sé lo que creo;
¡sin embargo, estas ansias me dicen
que yo llevo algo
divino aquí dentro...!

G. A. Bécquer *Rimas*

Editorial

Edi numen

EL POZO

¡El pozo!... Platero, ¡qué palabra tan honda, tan verdinegra, tan fresca, tan sonora! Parece que es la palabra la que taladra, girando, la tierra oscura, hasta llegar al agua fría. Mira; la higuera adorna y desbarata el brocal. Dentro, al alcance de la mano, ha abierto, entre los ladrillos con verdín, una flor azul de olor penetrante. Una golondrina tiene, más abajo, el nido. Luego, tras un pórtico de sombra yerta, hay un palacio de esmeralda, y un lago, que, al arrojarle una piedra a su quietud, se enfada y gruñe. Y el cielo, al fin.

(La noche entra, y la luna se inflama allá en el fondo, adornada de volubles estrellas. ¡Silencio! Por los caminos se ha ido la vida a lo lejos. Por el pozo se escapa el alma a lo hondo. Se ve por él como el otro lado del crepúsculo. Y parece que va a salir de su boca el gigante de la noche, dueño de todos los secretos del mundo. ¡Oh laberinto quieto y mágico, parque umbrío y fragante, magnético salón encantado!)

– Platero, si algún día me echo a este pozo, no será por matarme, créelo, sino por coger más pronto las estrellas.

Platero rebuzna, sediento y anhelante. Del pozo sale, asustada, revuelta y silenciosa, una golondrina.

Juan Ramón Jiménez Platero y Yo

Dije: ¡Todo ya pleno!
Un álamo vibró.

Las hojas plateadas
sonaron con amor.

Los verdes eran grises,
el amor era sol.

Entonces, mediodía,
un pájaro sumió
su cantar en el viento
con tal adoración
que se sintió cantada

bajo el viento la flor
crecida entre las mieses,
más altas. Era yo,
centro en aquel instante
de tanto alrededor,
quien lo veía todo
completo para un dios.
Dije: Todo, completo.
¡Las doce en el reloj!

Jorge Guillén *Cántico*

A JOHANNES BRAHMS
 Yo, que soy un intruso en los jardines
 Que has prodigado a la plural memoria
 Del porvenir, quise cantar la gloria
 Que hacia el azul erigen tus violines.
 He desistido ahora. Para honrarte
 No basta esa miseria que la gente
 Suele apodar con vacuidad el arte.
 Quien te honrare ha de ser claro y valiente.
 Soy un cobarde. Soy un triste. Nada
 Podrá justificar esa osadía
 De cantar la magnífica alegría
 –Fuego y cristal–de tu alma enamorada.
 Mi servidumbre es la palabra impura,
 Vástago de un concepto y de un sonido;
 Ni símbolo, ni espejo, ni gemido,
 Tuyo es el río que huye y que perdura.

J. L. Borges *La Moneda de Hierro*

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

- Maeterlink *El Tesoro de los Humildes*
- Oscar Wilde *El Retrato de Dorian Gray*
- Rainer María Rilke *Cartas a un Joven Poeta*
- Jacinto Grau *El Señor de Pigmalión*
- Miguel de Unamuno *Niebla*
- H. G. Wells *La Máquina del Tiempo*
- Julio Verne *Cinco Semanas en Globo*
- Max Frisch *Don Juan o el Amor a la Geometría*
- Ray Bradbury *Fahrenheit 451*
- Noah Gordon *El Médico*

Transformar el mundo

El hombre sueña con un mundo feliz. Lleva dentro de sí un ideal de armonía que quiere ver reflejado en la realidad que le rodea, en la sociedad: quisiera vivir en un mundo justo y bueno, en un mundo perfecto. Y esta ilusión le empuja a intervenir en la vida social para dirigirla, para someterla a un proyecto y convertir su sueño en realidad.

Todos estamos implicados en la vida social y contribuimos, aunque en grado diferente, a su mejora. Pero existen personas que convierten la actuación social en el eje de su vida: son reformadores políticos o sociales.

Esta actividad, como todas las demás, influye en el hombre, moldea su personalidad. El ejercicio del poder, la defensa de un ideal noble contiene numerosas trampas en las que el hombre puede caer: puede considerarse superior, envanecerse, ejercer el poder en su beneficio, sucumbir a sus propios impulsos violentos, endurecer su corazón... La literatura describe a estos personajes mediocres y ambiciosos, violentos y arbitrarios.

Pero el hombre de poder puede también desarrollar cualidades valiosas: necesita inteligencia y sensibilidad para concebir proyectos, coraje para proponerlos, dotes de persuasión para convencer a los demás, sagacidad para vencer resistencias, capacidad y energía para llevarlos a buen fin. Y nada de esto sería posible si no tuviera confianza en su propia valía.

Hay una forma torpe y brutal de ejercer el poder (*Tirano Banderas* de Valle Inclán), y otra que es inteligente y está llena de humanidad (*La Isla* de Aldous Huxley). Entre ambas existe una ancha franja con infinitas y sutiles diferencias, que han analizado numerosas obras de la literatura universal. En España, el deseo de poder y el reformismo social se tratan en diversas obras literarias.

Vamos a analizarlo a través de dos figuras entrañables: don Quijote de la Mancha y Paco el del molino.

Don Quijote

Alonso Quijano es un hidalgo de aldea, un hombre sin historia. Pero la lectura de los libros de caballerías le convence de que la vida puede vivirse de un modo diferente, si se tiene un ideal. Y decide ponerse al servicio de una misión a la que se cree llamado: resucitar la caballería andante para restablecer la Edad de Oro. Esta misión saca al personaje de su vida anodina y le confiere la nobleza de un héroe.

La Edad de Oro es una utopía; un hermoso mito que mira hacia atrás, hacia el paraíso del origen. Busca la felicidad natural del hombre primitivo, su armonía e integración en la naturaleza.

En la Edad de Oro, el hombre es naturalmente bueno y comunica sus sentimientos con espontaneidad. Posee una sabiduría natural que le lleva a elegir siempre lo adecuado y justo. No siente egoísmo ni le atenaza el deseo de acumular riquezas. Se comporta con un desprendimiento natural porque no conoce el hambre: una naturaleza generosa le proporciona lo necesario para vivir, justo en el momento en que lo necesita. Todo es de todos.

En tal estado de abundancia y sosiego el hombre puede dedicarse a cultivar su espíritu: en la soledad del campo, la música, el canto y la danza expresan una vida interior rica y refinada. La Edad de Oro es un mito que propone unas relaciones sociales construidas sobre la concordia, la paz, la justicia y la virtud de los hombres.

Don Quijote expone estas ideas ante unos cabreros que le han acogido con hospitalidad y amistad. Piensa que son estos seres, naturales y sencillos, generosos y atentos, que aún poseen esa bondad natural no pervertida, por su simplicidad, por estar más pegados a la tierra, quienes mejor pueden entender sus palabras.

Sin embargo, la sociedad en la que vive el caballero es muy diferente y choca frontalmente con la situación que él pretende alcanzar:

- El noble ejercicio de las armas ya no lo ejercen los caballeros, sino los soldados. Y éstos no combaten por un ideal, sino por un salario.
- La economía se basa en la acumulación de riquezas, y el dinero se aprecia más que el valor o la virtud de las personas.

Capítulo 1

- La vida ciudadana, con sus negocios y engaños, produce un hombre enajenado de sí mismo. La civilización despierta malas pasiones en el ser humano y le aleja de su bondad y felicidad naturales. En suma, lo pervierte.

Este estado de perversión sólo puede subsanarlo el caballero andante: al poner las armas al servicio de un ideal noble, los caballeros reparan las injurias de los hombres y conducen los malos sentimientos y las malas acciones al buen camino.

La actuación de don Quijote se dirige a los seres humanos en particular; no lucha desde las instituciones para mejorarlas, ni contra ellas para destruirlas. Actúa al margen de ellas: es un caballero, no un político ni un sindicalista.

Paco el del Molino

Réquiem por un Campesino Español de Ramón J. Sender es un relato breve y sobrio, que despierta en el lector una intensa emoción. Cuenta una historia sencilla. Mosén Millán, párroco de aldea, está a punto de celebrar una misa de réquiem por un feligrés, Paco el del molino, asesinado un año antes por un grupo de falangistas. Mientras espera en la sacristía a que lleguen los familiares y amigos de Paco, va reconstruyendo mentalmente los hechos. Paco es un joven campesino que, al ser elegido concejal del ayuntamiento, intenta cambiar la estructura social del pueblo en beneficio de los pobres. Pero estalla la guerra y llega al pueblo un grupo de “señoritos forasteros” que asesina a varios campesinos comprometidos con la política local. Paco se esconde. Mosén Millán, que mantiene con su familia una relación estrecha, se entera del escondite. Presionado por los falangistas lo delata y, tras hacerles prometer que no le harán daño, logra que Paco se entregue. Sin embargo, los falangistas incumplen su promesa y le asesinan, con otros dos campesinos, junto a las tapias del camposanto. Antes de morir, Mosén Millán les confiesa y les da la extremaunción.

Mientras recuerda estos hechos, va pasando el tiempo sin que nadie venga a misa. Poco a poco acuden, uno a uno, los tres ricos del pueblo: don Valeriano, don Gumersindo y el señor Cástulo, que habían sido los enemigos de Paco. Los tres quieren pagar la misa, pero Mosén Millán no acepta el dinero. No viene nadie más. De pronto el monaguillo anuncia, alterado, que ha entrado una mula en la iglesia: es el potro de Paco, que andaba suelto por el pueblo; alguien lo ha metido allí. Cuando lo sacan a la calle, el cura inicia la misa con la iglesia vacía. La novela finaliza con estas palabras:

“Salió del presbiterio y comenzó la misa. En la iglesia no había nadie, con la excepción de don Valeriano, don Gumersindo y el señor Cástulo. Mientras recitaba Mosén Millán, “introibo ad altare Dei”, pensaba en Paco y se decía: es verdad. Yo le bauticé, yo le di la unción. Al menos –Dios lo perdone– nació, vivió y murió dentro de los ámbitos de la Santa Madre Iglesia. Creía oír su nombre en los labios del agonizante caído en tierra: “...Mosén Millán”. Y pensaba aterrado y estremecido al mismo tiempo: ahora yo digo en sufragio de su alma esta misa de réquiem, que sus enemigos quieren pagar”.

Esta breve historia nos plantea una situación de cambio social con tres fuerzas en conflicto: los campesinos –con Paco a la cabeza–, los ricos y la Iglesia –representada por Mosén Millán.

Paco

Paco representa la conciencia social limpia y el esfuerzo generoso. Posee un sentido elemental de la justicia, que ha ido formando en contacto con la realidad, en experiencias concretas de la vida. Entre todas sus experiencias, una le conmueve especialmente: la visita a una cueva, en compañía de Mosén Millán, para dar la extremaunción a un anciano que agoniza en la miseria. La situación del moribundo despierta en él un dolor noble que le impulsa a ser solidario: "se está muriendo porque no puede respirar. Y ahora nos vamos y se queda allí solo"; le dice al cura. Mosén Millán sofoca su impulso de avisar a los vecinos para que ayuden al enfermo, pero la escena planta una semilla que más tarde dará su fruto.

Siendo mozo, escandaliza a Mosén Millán con sus ideas revolucionarias. Cuando el cura le habla de lo importante que es la guardia civil para controlar a la gente de las cuevas, Paco responde: "En lugar de traer guardia civil, se podían quitar las cuevas, Mosén Millán".

Más tarde, siendo concejal, propone que los campesinos dejen de pagar rentas al duque y utilicen con libertad los pastos. El duque era un rentista absentista, que nunca aparecía por el pueblo. Por entonces se proclamó en España la República y las nuevas leyes favorecían el cambio social. Pero Paco fracasa porque, aunque ejerce el poder con generosidad y limpieza, sus enemigos son más poderosos que sus partidarios.

Los Ricos

Son don Valeriano, don Gumersindo y el señor Cástulo. Defienden los intereses del duque. Ante las decisiones de Paco, huyen asustados a la capital, donde conspiran con los sectores más reaccionarios, para impedir que se modifique la estructura social que los favorece. Cada uno a su manera, los tres participan en la preparación de la intervención criminal de los falangistas.

Los ricos perciben la nueva situación histórica a través de sus consecuencias económicas; sin sensibilidad, sin humanidad. Por ello creen que pueden saldar su deuda pagando la misa de Paco. El esfuerzo por mantener su posición social ha sofocado los sentimientos de su corazón. Por ello participan en la lucha social de forma despiadada, sin que su conducta les plantee ningún conflicto moral. Como Caín, podrían decir: "¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?"

Mosén Millán

Es un personaje conmovedor: un buen hombre que actúa con buena fe pero con una visión muy limitada de la situación; acaba desencadenando la tragedia: se considera portador de un mensaje de vida eterna, pero precipita la muerte de su feligrés; pretende enseñar el camino de la virtud, pero sus actos perpetúan la injusticia: el cura de los pobres fortalece el bando de los ricos.

El drama de Mosén Millán es doble:

- Desconfía de los cambios sociales porque no los comprende. Y cuando decide actuar presentándose como un moderador, es incapaz de prever las consecuencias de sus actos y evitarlas. Al criticar su incomprensión ante los problemas sociales, Sender critica también el comportamiento de la Iglesia a lo largo de la Historia. Un comportamiento marcado por la falta de caridad.